

Los divanes paralelos

Por Eduardo Goligorsky

Hace quince años que estoy casado con Sara, pero anoche descubrí en ella una nueva personalidad. Jamás lo hubiera imaginado. Y sin embargo allí estaba, frente a mí, en el nuevo diván, sentada con ese hombre. Lo miraba arrobada, pestañeando con una coquetería que ni siquiera le conocí cuando éramos novios.

Estaba nerviosa. Cruzaba y descruzaba las piernas, sin preocuparse porque la falda se le había deslizado más arriba de las rodillas, mucho más arriba de las rodillas. Quizá lo hacía a propósito. Era una idiotez.

Se humedecía los labios constantemente y miraba al hombre como un adolescente miraría a su primer galán. Abría la boca como si quisiese hablar, y luego la cerraba, para escuchar lo que él le murmuraba en el oído. Y se retorció sobre el nuevo diván, inquieta, *distinta*.

Al fin y al cabo no era para tanto. Traté de descubrir qué le veía al tipo. Claro, era famoso. Desde hacía dos meses era el ídolo de millares de jovencitas ululantes que lo esperaban a la salida de los estudios de cine y televisión y cumplían siempre el rito de destrozarle la corbata, arrancarle los botones, arrebatarse los pañuelos y repartirse los despojos como si se tratara de reliquias sagradas.

Pero todo eso, ¿por qué? ¿Qué tenía el tipo? Era un mocoso anémico, con la piel pegada a los huesos, enclenque, con unos ojos tristes y bovinos, y el pelo largo y grasiento estirado hacía atrás en una ridícula cola de pato. No sonreía, y se limitaba a mover los labios susurrando no sé qué estupideces.

Parecía mentira, Sara, con sus cuarenta años encima, quince de ellos compartidos conmigo, se ruborizaba, volvía a cruzar las piernas, estiraba la mano como si quisiese tocar a su galán y luego la retiraba bruscamente, temiendo romper el hechizo.

Hice una mueca de desprecio. Si quería comportarse como una criatura, allá ella. Yo tenía cosas más importantes de qué ocuparme. Me volví hacia Thelma.

Thelma *sí* que era algo especial. Un bombón. Con ese pelo rubio, corto, alborotado, los ojos verdes abanicados por largas pestañas. Una boquita carnosa, húmeda, para comérsela. Y el cuerpo... Tenía puesto un vestido de terciopelo negro, ceñido, que le dejaba los hombros desnudos y le bajaba hasta los tobillos, pero con un tajo indiscreto que dejaba ver una pierna larga, esbelta, enfundada en una media oscura.

Thelma me sonreía, sentada junto a mí, en el otro diván nuevo.

–Tenemos media hora... sólo media hora –murmuraba–. Tú y yo. Debemos aprovecharla sentándonos muy juntitos...

La voz de Thelma me envolvió como un manto algodonoso. Miré esa piel blanquísima, suave, sin una arruga. No puede dejar de compararla mentalmente con mi mujer. La pobre ingenua que se derretía junto a su ídolo en el otro diván. Quince años aguantándola. Pero ahora tenía a Thelma, media hora con Thelma para saber cómo era una mujer de verdad.

Estiré la mano para acariciarla. No terminé el movimiento. No, no se trataba de eso. Debía mirarla, oírla.

–No estás soñando –me decía–. Soy Thelma, esa Thelma que tantas veces contemplaste en la pantalla del cine o del televisor. Entonces estaba lejos, era remota, era una ilusión. Ahora me tienes conmigo. ¿Eres feliz, verdad?

¿Cómo se le ocurría hacer semejante pregunta? ¡Thelma era precisamente lo que yo necesitaba para mi nueva vida!

–Lástima que los minutos transcurran inexorablemente –continuó Thelma–. Debes disfrutar mientras me tienes aquí. Y luego, no desesperes. Volveré. Claro que volveré, porque yo también ansío estar a tu lado.

Un bálsamo. Eso era, un bálsamo. La idiota de mi mujer lanzó una risita en su diván. Me dije que tendríamos que poner los divanes en cuartos separados. Era imposible soportar la insulsa satisfacción de Sara, y todo porque un triste pajarraco le susurraba mentiras galantes.

–Me gustas –dijo Thelma–. Me gustas tanto... ¿Y tú que opinas de mí?

–¡Eres divina!

El sonido de mi propia voz me sorprendió. No había podido contenerme. Mi mujer me miró desde su diván con una expresión de disgusto y reproche.

Thelma siguió hablando, ajena a mi estallido.

–Sería maravilloso estar siempre así. Pero es imposible. En cambio, vendré una vez por semana y te hablaré al oído, como ahora, diciéndote cuánto me gustas. ¿Me esperarás, verdad?

Tomé el pañuelo y me di unos toquitos discretos sobre la frente, secándome la transpiración. La sensación era inusitada.

El diván me había costado una fortuna, pero no estaba arrepentido. Ni siquiera lamentaba haber tenido que gastar el doble, cuando Sara me exigió otro para ella. Mejor así, porque si no se habría dedicado a molestarme y a burlarse de mí, impidiéndome disfrutar de mi entrevista con Thelma.

–¿Hoy has tenido mucho trabajo en la oficina, querido? –me preguntaba Thelma–. Pobrecito... debes estar agotado. Estoy segura que cuando llegas a casa, nadie se interesa por tus problemas. Pero yo seré distinta, y vendré todas las semanas para ser tu amiga, tu confidente incluso, y te ayudaré a distraerte, a relajarte...

–A distraerte... a relajarte...

No fue un eco, sino la voz del cretino que estaba sentado en el diván de mi mujer. Levantaba el tono como si estuviesen solos. Sí, decididamente tendríamos que instalarnos en habitaciones separadas.

¿Qué había dicho Thelma? Ah, sí. Me había preguntado por el trabajo en la oficina. Era formidable esto de tenerla una vez por semana a mi lado, para olvidar todas las preocupaciones acumuladas. ¿Qué tenía en común con Sara, que me recibía con su insípida charla sobre las vecinas y los problemas del servicio doméstico, o con los últimos chismes sobre tal o cual actor, totalmente ajena a lo que me interesaba realmente?

Thelma era otra cosa. Así se lo había dicho a mi compañero de la contaduría de la empresa, cuando le expliqué por qué justo ese día tenía tanto apuro por volver a casa. Me miró con una sonrisa irónica.

–¿Vos también?

–¿Yo también... qué?

–Nada... nada...

Después lo oí cuchichear en la oficina de Susy, la secretaria. Hizo un chiste grosero sobre mis costumbres amorosas y ella se rió como una loca. Si yo no supiera que entre esos dos... Pero al fin y al cabo no tenía por qué preocuparme. En el fondo me envidiaban porque no podían comprarse los divanes. Yo en cambio tenía el mío, y la tenía a Thelma.

–Ya sabes, querido –dijo Thelma–, la media hora está llegando a su fin, pero dentro de una semana estaré de nuevo contigo. Esta es la primera vez, y no hemos podido aprovechar bien el tiempo, pero ya te irás acostumbrando, y pronto seré una parte de tu vida, una parte *irreemplazable* de tu vida.

–¡Ya lo eres! –exclamé.

Y sin poder controlarme, traté de estrecharla entre mis brazos.

Me detuve en seco. La media hora había pasado. La imagen de Thelma se evaporó lentamente. Lo último que desapareció fue aquel rostro maravilloso y la sonrisa que le curvaba divinamente los labios.

En su lugar, apareció en el diván el animador del espectáculo. Vi por el rabillo del ojo que el mismo tipo también ocupaba el sitio del empalagoso galán de mi mujer.

–Así ha terminado, amigas y amigos, esta primera visita hogareña de nuestros astros Danny Percy y Thelma Thomas. Este maravilloso contacto personal con las figuras que ustedes admiran, es un triunfo más de la técnica puesta al servicio de la televisión, que trae ahora a nuestro país el revolucionario sistema de la imagen estéreo espacial sin pantalla, en los divanes-*f* para damas y los divanes-*m* para caballeros. Danny Percy y Thelma Thomas volverán a llevar a sus hogares un mensaje de alegría, esparcimiento y audaz ensueño romántico el próximo viernes, en este programa extraordinario auspiciado por el nuevo sedante instantáneo...

Estiré la mano hacia el brazo del diván, apreté el segundo botón y la voz se cortó, mientras la figura del animador se esfumaba lentamente, hasta convertirse en un punto luminoso que frotó brevemente en el espacio.

FIN